



ESTA ISLA DE SIEMPRE

Orlando Ocaña Díaz

ESTA ISLA DE SIEMPRE



Primera edición: marzo 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Orlando Ocaña Díaz

© Elliot Prada: diseño de portada

ISBN: 978-84-19748-00-3

ISBN digital: 978-84-19748-01-0

Depósito legal: M-6696-2023

Editorial Adarve

C/Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Para aquellos que la realidad no los doblega

El Taita

Me aconsejaba mi abuelo, cuando yo apenas alcanzaba un metro de estatura, que si iba a apuntar al cielo pusiera en la mirilla a Dios, porque, para la mayoría de las personas, lo que sucedía bajo los dominios del Señor era su responsabilidad. Para un chiquillo de nueve años aquello resultaba una gran idea, pero para mi abuela, la beata, que oía aterrorizada tales consejos, no era más que otra de las perogrulladas del viejo satánico que había tenido como esposo.

El abuelo solo se preocupaba por el hoy, nada sobre lo que pasó ayer ni lo que pasaría mañana. «Lo importante, Tomasito —me decía—, es lo que vas a echar durante la jornada al buche, que es la preocupación cimera de cuanto animal se arrastra, vuela o camina por este mundo. Cuando comienzas a pensar en los momentos que están por llegar, comienzan los enredos. Dígamelo a mí, que solo pensé en el futuro en una ocasión y me metí en tales líos de los que solo podré salir cuando me toquen la diana de silencio definitiva».

Lo demás para el Taita era pura paja de camino.

No recuerdo haberlo visto nunca leer un libro, ni siquiera la prensa, y cuando ya anciano se sentaba entre amigos a conversar de la vida, se reía a más no poder de las aspiraciones y frustraciones de sus parlanchines interlocutores.

—No gasten babas en lo que no está al alcance de ustedes solucionar, mejor hablen de mujeres, del trabajo, de la familia, la política es para cabrones que siempre tratan de vivir a costillas de los crédulos —les aconsejaba.

El pobre viejo mucho había visto desde aquel día que arribó a Cuba en un velero español, allá por el 1890, enrolado como soldado en un batallón del Ejército de ultramar. Hizo la guerra contra los mambises cubanos defendiendo la Corona española. Terminada la guerra siguió enrolado en el nuevo Ejército cubano creado bajo la presidencia del Gobierno de Tomás Estrada Palma.

Su última acción de guerra fue, como militar, respaldar a un Gobierno que autorizó al Ejército a exterminar los negros alzados en oriente, durante la guerrita del 1912, cuando mal presidía el país José Miguel Gómez.

Y si le preguntabas qué guerrita era esa, pues no quería decirte nada sobre ella, solo que era oficial y cumplía órdenes. Años después, pude comprender por qué el abuelo quería olvidar ese pasaje de su vida militar, pues la guerrita del 1912 fue la mayor masacre racista realizada durante nuestra historia republicana.

Jamás conocí tipo más rústico que mi abuelo. Su cultura se limitaba a conocer los precios de las mercancías y a admirar la foto donde él aparecía vestido de militar con sus grados de sargento, y que tenía en la sala de la casa encuadrada con un cristal, para evitar las cagadas de las moscas.

Ya en una ocasión, el cuadro trajo sus problemas, porque la vieja quería poner en su lugar un retrato de Jesucristo con el corazón sangrante, la corona de espinas en la cabeza y los dedos índice y medio haciendo una señal, que décadas más tardes sería en el mundo el signo de la victoria.

La foto, que mostraba a un mocetón rubio y casi imberbe, de ojos verdes, pelado militar, y con la guerrera de sargento, la abuela intentaba trasladarla para el comedor y situar en la sala de la casa, frente por frente a la puerta de entrada, la imagen atribulada de un Jesucristo inmolado; pero el Taita, levantando el dedo índice de su mano derecha, y moviendo el correspondiente puño cerrado de arriba hacia abajo y viceversa, le advirtió que «¡en ese lugar de la sala estará la foto del que mantiene la casa y sanseacabó, carajo!».

No le quedó más remedio a la abuela que colgar su cuadro jesuítico tras la puerta, de forma tal que, cuando se abría, nadie veía al Mesías, sino solo al militar; y cuando se cerraba quedaban las imágenes frente a frente, como en desafío. Pero, que yo sepa, ninguno de los dos se retó nunca, pues el militar nunca creyó en su existencia, ni imploró a nada etéreo ante las dificultades de la vida; y Jesús jamás se portó por la tierra a tirarle una mano al abuelo.

Mi abuelo no era muy letrado, pero nada lo incapacitaba para la vida. En eso de trabajar nadie le ponía un pie delante. A las cinco de la mañana tomaba un sorbo de café, se ajustaba el paraguayo a la cintura —el mismo machete con el que peleó en la guerra—, ponía la montura a su bruto de raza, y a las seis de la mañana estaba al frente de su cuadrilla arreando ganado ajeno.

Eso siempre supo hacer, trabajar por dos pesetas como mayoral, y ¡ay de aquel que se interpusiera entre su trabajo y la paga!

Cuentan que en una ocasión alguien vino a convencerlo para hacer una huelguita contra el patrón y perdió dos muelas en el intento, por el puñetazo que el abuelo le propinó en el rostro.

—¡Mira que venir a convencerme que abandonara el trabajo y poner en peligro el sustento de mi familia! ¡Si tiene algo contra el patrón, que le meta dos tiros en la cabeza y sanseacabó! Eso de las protesticas es cosa de mariquitas, de políticos venales. Lo que uno quiere en la vida se toma de una forma o de otra, a las buenas o a las malas; y el patrón tiene derecho a contratar a quien quiera. Aceptaste trabajar por un peso al día y ahora vienes con que quieres dos. Cierra tu contrato y búscate empleo en otra parte.

Y con ese retintín engañaba el viejo a la abuela al explicarle la trifulca que tuvo con el líder campesino de turno.

Más no se le podía pedir a un medio analfabeto español que solo sabía doblar el lomo en el campo, y no tenía entendederas para comprender que el único empleador en 20 leguas a la redonda era el latifundista de la zona, quien ofrecía trabajos con un salario miserable: lo tomabas o te morías de hambre; y 20 leguas más allá, las mismas injusticias y los mismos latifundistas.

Y la abuela, beata y creyente, como ama de casa sumisa, no cesaba de recordarle al Taita que «todos no tienen la suerte de ser mayores» y lo instaba a que agradeciera a Dios que la miseria estuviera alejada de la casa.

—¿Dios?... ¿Vieja?... ¿Dios?... Bueno —replicaba el viejo—, si su Dios es quien nos ha dado la oportunidad de no tener miseria, por alguna razón se la ha enviado a otros, pues ellos que reclaman a Dios por la escasez y los malos salarios; pero para que usted no me salga después que se desayuna con la noticia que le asombra, estos guajiros de la zona van a la iglesia en las Navidades, cuando los curas reparten harina y regalos, y el resto del año andan en manos de Satanás, libando aguardiente, desaforados en las casas de las putas del pueblo y consultándose con la pelleja espiritista del palmar.

—No debiste pegarle a Joaquín, pues cada cual tiene derecho a pensar como desee —le repetía la vieja, tratando que la indignación del abuelo pasara a ser un recuerdo del pasado.

—Partida de pendejos —rezongaba el viejo—, se pasan la vida picando pleitos, reuniéndose para conspirar contra cualquier cosa, trabajando lo menos posible, gastándose en bebida los fines de semana lo que no tienen para comer y venirme a mí con huelguitas y exigencias.

La abuela le insistía hasta el punto de escandalizarse: «Deja eso, viejo, que los muchachos no tienen por qué estar oyendo esas cosas a la hora de comer. Y no generalices, que todos aquí no piensan como tú. Ahora, porque no razonen como tú, si a eso se le puede llamar pensar, el resto de los humanos son un atajo de bestias inservibles».

El Taita nunca respondió. Realmente a la única que le permitía esas salidas irrespetuosas era a la vieja. Ella sabía cuándo podía atacar y cuándo retirarse, en eso y sin haber sido nunca militar, era mejor estrategia que el abuelo, quien siempre tenía la voz de ataque lista en su cerebro.

Alrededor de la tabla donde comían y que llamaban mesa, ocho cabecitas gachas apuraban el plato de arroz con frijoles y ninguno

osaba mirar de frente al indignado viejo, que por quítame allá esta paja era capaz de hacer una nueva guerrita en el pueblo.

Estanislao, el hermano mayor, mi padre, que ya cabalgaba junto al viejo en las labores de arriero, estuvo presente en la riña, si es que a aquello se le podía llamar una pelea, porque Joaquín, después del *viandazo* que recibió, cayó en cuatro patas en tierra, y desde allí, y en esa posición, salió como alma que lleva el diablo. «Hasta del caballo se olvidó», les contó Estanislao hijo a sus hermanos.

Después de aquello las cosas se complicaron, porque si bien al viejo le importaba un bledo que el patrón de la zona fuera un perfecto hijo de puta, esta mala condición sí les incumbía a los campesinos de la zona, quienes se veían obligados a dejar casi el 70 por ciento de su trabajo en manos del latifundista.

Al día siguiente de la disputa, cuando el abuelo salía por la mañana para su faena diaria, se percató de un letrero escrito con carbón vegetal en la pared de su casa y que rezaba: VIEJO CHICHARRÓN Y MAMALÓN.

Del dicho al hecho. Montó el viejo en su cabalgadura y fue, a esa hora de la mañana, directito para casa de Joaquín.

—¡Joaquín, aquí está el chicharrón y el mamalón!

La mujer de Joaquín asomó la cabeza por la puerta entreabierta.

—¿Qué sucede, don Estanislao?

—Que al parecer su marido perdió la chaveta y anda desafiando a gente decente y de familia.

—¿Cómo puede andar usted diciendo eso, don Estanislao? Si mi marido desde ayer no se porta por la casa, porque la Guardia Rural lo anda buscando.

—¿Y sabe usted para qué la Rural anda buscando a su marido? ¿Acaso cometió alguna estupidez en el pueblo?

—Desconozco, don Estanislao, el cabo solo me dijo que tenía unas citaciones judiciales que darle a Joaquín, y me pidió que cuando regresara le dijera que se personara en las oficinas del cuartel.

—Pues dígale, cuando llegue, que lo ando buscando para discutir sobre el cartelito que dejó anoche en la pared de mi casa.

—Deje eso tranquilo, compadre, que Joaquín ya no está para pleitos entre amigos, bastante son los problemas en que anda metido. Hágalo usted por la consideración que a mí me tiene y por el niño, que necesita un padre que lo mantenga... ¿Quiere usted un poco de café? Está acabadito de colar.

—No, muchas gracias, acabo de tomar en la casa. Tenga usted un buen día, señora, y dígale a su esposo que quiero charlar con él, que eso que los pelagatos y muertos de hambre anden de fajatina no lleva nunca a buen destino, pero mande a su hijo a que me borre el cartelito que me improvisaron anoche y olvido el agravio.

—Así se hará, don Estanislao, cuente con ello.

Enrumbó el abuelo su caballo hacia las tierras del patrón donde había dejado pastando el ganado el día anterior, y cuando su cabalgadura estaba apenas a 50 metros de un bosquecillo que se internaba en un mogote, oyó un disparo y pasar a escasos centímetros de su cabeza un proyectil. Espoleó la cabalgadura en dirección al monte, porque el viejo era bragado de verdad, y según cuenta el hijo mayor, detuvo su caballo en el lindero del bosque, se bajó y machete en mano entró a la manigua. A los pocos minutos salió, el machete enfundado en su vaina y con una cara de pocos amigos. Ya en el lindero lo esperaba Estanislao hijo.

—¿Qué pasó, Taita?

El viejo puso el pie en el estribo y se irguió sobre la bestia. Se quedó pensativo un instante y luego ordenó a su hijo:

—Vaya de inmediato al cuartel de la Guardia Rural e infórmele al cabo que aquí hay un ahorcado y que estoy esperándolo en este lugar. Después lléguese a casa de Joaquín y dígale a la mujer que vengan a descolgar a su marido, que está ondeando allá dentro en una guácima. Y ni una palabra más.

—¿Fue usted, Taita?

—¿Será usted animal?... ¿Quién cuelga a un humano en el tiempo que estuve allá adentro?... Joaquín está colgado desde ayer,

porque ya apesta. Algún cabrón quiere involucrarme y el que me disparó tiene algo que ver en eso.

Por aquellos tiempos de la década del 1930, un ahorcado en los campos de Cuba era algo usual, pues el atropello de los latifundistas no tenía parangón en esta isla, pero aparecer involucrado en un asesinato, un pelagatos como mi abuelo, era algo peligroso.

Después de avisarles a la mujer de Joaquín y a las autoridades, el primogénito salió disparado en su caballo hacia donde había dejado al Taita, y llegó casi al unísono con el cabo de la Rural y otros tres soldados.

Cuando el cabo arribó al lugar de los hechos y oyó el relato sobre lo sucedido, le pidió al viejo que lo acompañara al cuartel, porque todos conocían la bronca del día anterior entre Estanislao y Joaquín, y el viejo era bruto pero no comemierda, se tranzó en sus trece, y cuando los soldados se pusieron en guardia para arrestarlo haló por el machete y la cosa quedó allí.

—¡Don Estanislao!, no sea usted tan rebencudo, tiene que pasar por el cuartel para el papeleo normal —trataba de convencerlo el cabo de la Rural.

—Papeleo ninguno, cabo. Pasaba por aquí, me dispararon y cuando fui a ver quién era el pendejo que me atacaba me encontré a Joaquín con media lengua afuera colgado de la guácima. Póngalo así en sus papeles y si se le olvida, ponga lo que le dé la gana, que yo salí del Ejército hace años y me juré que jamás pondría otra vez el pie en un cuartel... ¡Ah!, y cuidadito con poner algo que me complique, que usted sabe que soy hombre de trabajo, pero de armas tomar también.

—Pero... ayer se fue usted a las manos con el difunto, y que yo sepa desde el sopapo que usted le dio más nadie había visto a Joaquín hasta que usted lo encontró esta mañana —dijo con sorna el cabo.

—Pues vaya usted a saber, cabo, qué fue lo que hizo Joaquín después de encontrarse conmigo ayer, porque lo que soy yo, no lo vi más. Si va a buscar un culpable por las dos muelas que le faltan

ese soy yo, pero lo de la lengua afuera, tiene otro responsable y si me quiere cargar ese sambenito, le aconsejo que afile su machete, porque no soy hombre que acepte cargar con la mierda de otro.

—Eso... ¿lo tomo como una amenaza, don Estanislao?

—Tómalo como un remedio para mantener el cuello sobre los hombros, cabo, y si no te quieres salar la vida, no se la sales a mi familia, que tiempo para colgados hay siempre por estos parajes. De más está decirte que las andanzas de Joaquín eran contra el patrón y si culpables buscas para el guindado, busca por esos parajes, que allí se sobran desalmados que por dos pesos cuelgan hasta la virgen.

Dicho esto, el viejo espoleó su caballo y tras él, su primogénito. Ya el rumbo no era el mismo de hace una hora y los pasos de las bestias se fueron directos a la casa del latifundista dueño de la zona.

—Mmm..., Taita... —balbuceó el primogénito cabalgando inmediatamente detrás del viejo—, ¿vamos a tener problemas con la Rural?

—¡Si acaso, muchacho, el que tendrá problemas soy yo y no tú!

—¿Pero, Taita, si usted no fue quién colgó a Joaquín?

—Andas todavía muy pegado al culero para entender que no es necesario tener culpas en estos tiempos para pagar las trastadas de otros. Debes caminar con cuidado para no entorpecer el camino de nadie, y déjate de hacerle caso a tu madre con su cantaleta que quien mira al cielo no tropieza en la tierra, cuando la verdad es que debes mirar detenidamente el sendero por donde caminas, para dilatar el viaje al otro mundo.

Llegaron hasta el portal de la casona del patrón y se apearon de los caballos. Con los sombreros en mano se acercaron a la puerta e indagaron por el jefe, quien de inmediato salió a atender a su mayoral.

—¿Qué de nuevas me trae, Estanislao?

—Sepa usted —respondió el mayoral— que hay un colgado a la vera del camino, y resulta ser que es Joaquín, quien andaba ale-

brestando a los guajiros de la zona para irse a una huelguita contra usted, reclamando trabajo en sus tierras sin cultivar y mejores pagas para los jornaleros.

—Bueno, si está colgado, que lo descuelguen, Estanislao, y que las autoridades se encarguen del asunto, eso nada tiene que ver conmigo —ripostó el patrón.

—No quiero parecerle entrometido, pero resulta ser que a prima me descerrajaron un tiro desde la misma verita del camino donde colgaron al difunto y cuando llegué al lugar para oponerme al atacante, se me *afiguró* a lo lejos ver la silueta del Rubio subiendo la pendiente, y como sé que tiene fama de pendenciero puedo suponer que estuvo allí antes que yo.

—Pues yo —indicó el terrateniente— le doy el sano consejo, Estanislao, que *afigurarse* algo no necesariamente quiere decir que fue al Rubio a quien usted vio, y es peligroso para una persona seria y crecida como usted, andarse imaginando lo que no debe. El Rubio me pidió permiso hace dos días para irse a la ciudad, allá está desde entonces..., y creo difícil que usted lo haya visto subiendo la empinada..., y menos que tenga algo que ver con el desdichado Joaquín.

Estanislao se rascó la cabeza, miró al patrón, y como era bruto pero no tonto, se despidió con un «usted tiene razón, señor». Caminó dos pasos en dirección a las bestias, pero regresó para agregar:

—Lo que me preocupa, patrón, es que me hayan disparado a mí y ahora la Rural me quiere vincular a la colgadura, porque ayer le di dos sopapos al difunto. Pero, bueno, hasta más ver.

Estanislao dirigió su yegua hacia la zona de pastos y pasó aquel día más taciturno que de costumbre. Su hijo, el primogénito, que aprendía junto a él las labores de arriero, de vez en cuando se acercaba y le preguntaba alguna tontería, que tenía como respuesta casi un rebuzno.

Esa noche el viejo parió una frase como resultado de todo un día repasando mentalmente los sucesos:

—Hijo, me quieren joder.

—¿Usted cree, Taita?

—Así lo creo y como te dije hoy, hay que mirar detenidamente la tierra donde ponemos los cascos y que sean otros los que miren a Dios y vayan al cielo.

Cuando la familia se acostó esa noche, el primogénito oyó un ruido y al levantarse vio cómo el Taita muy sigilosamente abandonaba la casa, vestido como vino al mundo, por la puerta trasera, que dejó entornada. En sus manos llevaba el paraguayo que fue su arma de guerra, un machete que tenía el doble de largo que el machetín normal de brega en el campo. Luego, tarde en la madrugada lo sintió llegar, darse un baño de agua fría en el patio e irse a la cama. A los pocos minutos el viejo roncaba como un bendito.

Temprano en la mañana el viejo se levantó como siempre, deleitó su taza de café y al terminar se dirigió al establo de la casa a ensillar su bestia y la del hijo, no sin antes merodear por los alrededores del molino de viento, donde se bañó la noche anterior. Regó un poco de agua alrededor del bebedero de los animales y ya decidido entró en el establo.

Cuando salía con las bestias en la mano ya Estanislao hijo lo estaba esperando.

—¿Durmió bien anoche, Taita? —indagó el primogénito.

—¿Y por qué no habría de hacerlo?

La mirada del viejo congeló el aliento del muchacho. Miró para matar, con los ojos bien abiertos y muy fijos y la boca cerrada con violencia.

—No pregunte lo que nunca ha preguntado —añadió—, y si alguna duda le queda, que se le vaya yendo antes de montarse en el caballo, que los chismorreos y las preocupaciones son cosas de mujeres. ¡Arríale!

Y tras el grito y con la parsimonia y seguridad de siempre, montó en su cabalgadura y partió rumbo a los terrenos de pastos, con un Estanislao hijo con más ganas de morirse que de seguirlo, por haber hablado demasiado.

No habían andado ni media legua por el camino cuando se tropezaron con el cabo de la Rural que venía cabalgando en dirección contraria.

Cuando estuvieron a la altura del cruce, los tres jinetes refrenaron sus cabalgaduras.

Trotando tras el cabo venía otro caballo. Cruzado sobre su montura cargaba un bulto, envuelto en sacos de yute ensangrentados. El olor que despedía el saco hizo que la yegua del Taita resoplara nerviosa, como si hubiera olido la muerte.

—Buenos días, don Estanislao —retintineó la voz del cabo.

—Buenos días sean —respondió lacónico el viejo.

—Se enteró de la nueva desgracia —preguntó el militar.

—Acabo de levantarme, cabo, y no tengo radio en la casa. Si a usted no le es molestia y me pone al tanto...

—Pues allá atrás traigo lo que queda del Rubio. Le cortaron la cabeza de un tajo limpio, al parecer anoche, cuando regresaba de la ciudad, y lo más extraño del caso es, que la testa no aparece por parte alguna, parece que alguien se la llevó como trofeo.

—Alguna mala hierba se ha prendido de estos lares con dos muertes seguidas. Ayer Joaquín y ahora el Rubio, el uno anarquista y el otro guapo. Uno enemigo del patrón y el otro su guardaespaldas. Pareciera como si fuera un empate o un pase de cuenta, pero a mí ni me va ni me viene, cabo, lo mío es arrear ganado.

—Y lo mío es encontrar y arrear delincuentes, don Estanislao, porque no quiero que se me complique la zona. Caserío con problemas conlleva sudores en las nalgas por andar pegado a la montura para arriba y para abajo con el caballo entre las piernas, y a mí me gusta mucho el taburete del cuartel.

—El taburete, el ron y la mulata Bertica, ¿verdad, cabo?... que para algo se hizo el entretenimiento por estos caminos perdidos del mundo.

Tras la afirmación Estanislao espoleó el caballo para seguir rumbo, pero su cabalgadura fue detenida por la mano del cabo.

—Un momento, Estanislao, que quiero hacerle una pregunta. ¿Dónde estuvo usted anoche?

—¿Yo?... Donde siempre..., en mi casa..., con mi vieja y los muchachos.

—¿Tiene usted quien pueda atestiguar lo que dice?

—Por supuesto, la vieja y los muchachos... ¿Por qué?

—¿Ha oído usted hablar de un chingo en cueros andando por las guardarrayas en las noches?

—A decir verdad, no —replicó Estanislao—, pero de seguro que, si usted le pregunta a cualquiera de las muchachas calentonas de la zona, a ciencia cierta, encontrará el chingo que se pasea por las guardarrayas, y no dude usted, cabo, que sea un galán desaforado, huyendo al ser sorprendido con las manos en la carne ajena..., y como escasean las hembras por la zona..., hasta las viejas son apetecidas.

El cabo se sonrió y miró al viejo. Sabía que Estanislao era hombre tan recto como tan parco y le extrañaba tanta palabrería en esa ocasión. Ladeó la cabeza, aparentando pensar en algo importante, y le soltó al viejo:

—Está usted desconocido hoy, don Estanislao, está hablando como cotorra. ¿Qué bicho le ha picado?

—A mí, picarme, picarme, no me pican ni los huevos. Eso de cotorra déjelo pa su madre, y yo hablo lo que me venga en gana y cuando me dé la gana, o es que acaso eso le incumbe a usted más que el descabezado que lleva detrás.

El cabo era brusco, pero no mentecato; valiente, pero no osado, y tenía como ley que pelea evitada era pelea ganada.

Sabía que a Estanislao no se le podía estar cuqueando. Muchos eran los cuentos de violencia y la fama que le precedían, contada por amigos que compartieron con el viejo los años de soldado, y hasta vividas por el propio cabo durante las campañas militares del 1912. Estanislao era rápido en sacar el paraguayo, valiente como el que más y todos evitaban tener discrepancias con él. Sin embargo, tras licenciarse del Ejército, se había casado y se caracterizó por

ser un hombre serio, tranquilo, dedicado a su familia, aborrecía la bebida y las festividades públicas, pero mantenía aquel tono de voz autoritario que recordaba a todos en la zona la bestia que llevaba dentro.

—No se enoje usted paisano, que mis preguntas son de rutina, solo quiero pedirle que si conoce o se entera de algo me mantenga al tanto.

—Cabo —habló Estanislao con un tono de voz de pocos amigos—, no me venga usted con frasecitas y pendejadas a estas horas de la mañana, pues nada se mueve aquí en esta zona que usted no sepa, y si algo pasó y no lo sabe debe tenerlo a usted en ascuas. Bien sabe usted que el Rubio no estaba en ninguna ciudad, y que andaba perdido por ahí por esos montes, quien sabe para qué y por qué razón. Ayer ahorcaron a Joaquín, a mí por poco me rajan la cabeza de un disparo, y cuando me fui a la vera del monte a ver quién quería poner un hueco en mi testa, me pareció ver al Rubio corriendo loma arriba. Póngase al tanto usted, que mi trabajo no es estar chismeando, ni estar prestando oídos a chácharas ajenas.

El cabo retiró la mano de la cabeza del caballo del Taita y este siguió su rumbo hacia los terrenos de pastos. El primogénito, cabalgando dos cuartas detrás, oyó como el viejo iba hablando solo.

—¿Me decía usted algo, Taita? —expresó dudoso el joven Estanislao.

—¿Y a usted qué le pasa hoy? No oye usted que voy hablando solo. El hombre verdadero se habla a sí mismo y no anda buscando a otros pendejos para contarles sus dudas. ¿Acaso lo mencioné a usted para que me pregunte si le he hablado? ¿Primero que si dormí bien y ahora conque si le he hablado? Me parece que está usted falta de un buen planazo en el lomo para que rectifique su vista y sus oídos.

El viejo calló y no habló otra palabra durante todo el trayecto. Cuando ya avistaron la manada de reses, el Taita detuvo el caballo y se viró hacia el hijo mayor.

—Ahora sí te estoy hablando a ti, muchacho. Da la vuelta a tu penco y vete a casa del difunto Joaquín y dile a Teresa, la viuda, que me mande a Joaquincito, que tengo trabajo para él. Ya es hora que empiece a ser arriero y no un anarquista como su padre. Y dígale a la viuda que esta noche paso por su casa a darle el pésame, aunque el difunto ya esté bajo tierra y nos peleáramos ayer, no hay rencor de mi parte.

Esa noche, después de la cena, Taita y la abuela fueron a casa de la viuda de Joaquín. Contó la vieja, años después, que el abuelo pidió disculpas a la mujer de Joaquín y le explicó la supuesta causa de la pelea con él, si es que se le puede llamar pelea a aquello, pues tras el sopapo del abuelo, Joaquín salió corriendo en cuatro patas de allí, dejando abandonado su caballo.

La viuda preguntó al abuelo si sabía quién había matado a su esposo y el viejo le aseguró que él no había sido, pero que con la muerte del Rubio los huesos de Joaquín descansaban en paz y pidió que no se hablase más de esa situación. El abuelo le prometió a la viuda que se encargaría del primogénito de Joaquín, que lo tendría un tiempo a su lado en las tierras del patrón y que luego lo mandaría con Estanislao, su hijo, a atender la finquita que él poseía en los límites de las tierras del latifundista de la zona.

Mi padre, Estanislao, hijo del Taita, siempre estuvo muy apegado al viejo y heredó esa forma taciturna de comportarse en la vida, incluso hasta era autoritario y con el tiempo la fama de guapo se la tenía bien ganada en el pueblo, porque si bien no buscaba camorra con nadie, al primer asomo de insolencia de un paisano sacaba el machete y había que poner tierra de por medio.

El Taita vivió 87 años. Siempre fue el mismo. Las tierras que adquirió al lado del río en los límites con el latifundio del patrón, las dividió en dos partes iguales, una parte para Joaquincito y la otra para Estanislao hijo y José. Estanislao hijo, en el lecho de muerte del viejo, le preguntó si estaba loco.

—Muchacho, has estado toda una vida a mi lado y el respeto que me tenías no te dejó ver el horizonte. Yo no he dado nada a Joaquincito, esas tierras le pertenecen.

—Pero... si hasta ayer toda la tierra de la finca era suya, como hoy la mitad de la finca es de él.

—Me interrumpes cuando hablo porque sabes que Satanás ya está sentado a mi vera. Escucha. Hace 40 años, el patrón un día me llamó a su casa y trató de convencerme que Joaquín con sus anarquistas le estaban creando problemas en la zona... que, entre los anarquistas, militaban por oportunismo dos o tres cuatrerros, que se aprovechaban de Joaquín para robar reses en la zona, y que las cosas malas se arrancaban de raíz, para que no estorbaran en el futuro.

Además, el patrón me advirtió que no convenía tener un líder en la comarca aupando a los guajiros y recordándoles sus derechos a mejores salarios y a poseer la tierra. El patrón se comprometió a que, si yo despachaba a Joaquín hacia el otro mundo, cancelaría las letras que yo tenía pendientes por las tierras arrendadas, y como estaba seguro que yo le haría el trabajo, me mostró el título de propiedad de esas tierras a mi nombre.

El viejo tosió, tomó un vaso que estaba al lado de la cama y sorbió un poco de agua. Observó a su hijo que lo miraba con cara de angustia y horror.

—Como más sabe el diablo por viejo que por diablo —prosiguió—, le dije al patrón que pensaría en la oferta, con el ánimo de recoger los bártulos y perderme definitivamente de un lugar donde la vida de un hombre de familia se tomaba tan a la ligera.

—Pero, Taita, usted fue soldado y mató a otros soldados enemigos. ¿Por qué tenía usted temor a decirle que no al patrón?

—Una cosa es la guerra, hijo, y otra la vida civil. El soldado tiene licencia para matar en la guerra. Esa licencia es de los ricos en la vida civil, y en un caserío perdido en el mundo, una muerte más o menos no importa, cuando no es la propia la que está en juego. Conocer las intenciones asesinas de un rico es tener tu vida en ries-

go, salvo que estés comprometido con él en un hecho de sangre y vea en ti un subordinado fiel. Pero déjame terminar la historia o me muero sin que sepas el final.

—Siga, siga, Taita.

—Joaquín conocía, porque yo se lo dije, que el patrón me había contratado para que lo eliminara a cambio del título de estas tierras que ahora estoy dividiendo, como también sabía, porque recién se lo habían informado en el hospital de la ciudad, que sus días estaban contados a causa de la tuberculosis. Hicimos un trato: él se ahorcaba y yo entraba en posesión de las tierras y las dividía al final de mis días con su único hijo y hasta tanto, yo cuidaría de su primogénito.

—Y la pelea, Taita, ¿por qué fue? ¿Acaso no vino él para invitarlo a una huelga?

—Qué huelga ni ocho cuartos. La pelea fue porque se había enterado que yo andaba templándole la mujer cada vez que él se iba al pueblo en sus trajines políticos y vino a reclamarme virtud ese día. No supe más de él hasta que lo vi ahorcado.

—Taita, ¿y el día de la muerte del Rubio, que salió usted de chingón en cueros por la madrugada?

—El Rubio se las quiso dar de cabrón conmigo. De alguna forma se enteró del contrato verbal entre el patrón y yo, quizás porque era su guardaespaldas, y el patrón bebía en exceso. Por la razón que fuere, que no me interesó en aquellos momentos y menos ahora, se enteró y me mandó aviso que quería plata para quedarse callado. Yo nunca lo fui a ver. Aquella mañana, al ver a Joaquín ahorcado, creyó que yo había cumplido el pacto con el patrón. Para el terrateniente, fui yo quien lo ahorcó, porque me entregó el título de propiedad, y yo tenía mi conciencia tranquila, hasta que apareció el Rubio. Como no había ido a su cita y creyó que yo había consumado el hecho al ver el cadáver del anarquista, el Rubio me largó un disparo de aviso aquel día por la mañana. Yo siempre supe que era él, lo seguí y fue cuando descubrí el cuerpo de Joaquín colgado de la guácima, pero también divisé que el Rubio se escondía en una gruta de la colina.

—Esa noche lo sorprendí cabeceando de sueño, le corté la cabeza, la enterré en la gruta donde aún debe estar y el cuerpo lo llevé hasta la carretera. Mi vida y la de mi familia por la de un asesino, mi conciencia está limpia y sosegada.

—¿Taita..., y por qué en cueros?

—Hijo, en la piel y en el machete, son los únicos lugares donde nunca quedan rastros de sangre, además no sabes el susto que se lleva cualquier cristiano cuando lo sorprende en medio de la noche un hombre en cueros con un machete en la mano.

—¿Y eso por qué, Taita?

—Porque si eres un delincuente y estás esperando a que aparezca el enemigo, te acostumbras en tu mente a esperarlo vestido y no como Dios lo trajo al mundo. Eso lo aprendí en la guerra, mis coterráneos se aterrorizaban cuando veían a un negro mambí medio en cueros en medio de la noche; lo mismo le sucedió al Rubio, me esperaba para negociar, me esperaba vestido y conciliador, en una especie de duermevela, y cuando se percató de la situación sus ojos parpadeaban en una cabeza separada del cuerpo... Esa imagen nunca se me ha borrado del cerebro y creo que el Rubio estará esperándome a la puerta del infierno.

Poco después de este diálogo, aquel rubio mocetón que un día descendió de un barco en el puerto de La Habana con el uniforme de militar español abandonaba esta isla de siempre abrazado a su nieto y con la última decisión de su vida en la mente: que aquel fuera el relevo de su tenacidad en la lucha por la vida.

